

Marlowe enamorado

Libros Por Rodrigo Fresán.

Christopher Marlowe es el equivalente isabelino de John Fitzgerald Kennedy. O mejor dicho: la muerte del dramaturgo inglés es equiparable a la muerte del presidente norteamericano. Me explico un poco mejor: aquel 30 de mayo de 1593 en Deptford ya anticipa la personalidad y el influjo de aquel otro 22 de noviembre de 1963 en Dallas porque, también, desata una cantidad de teorías conspirativas. De este modo, a la hipótesis de que un JFK descerebrado por las balas haya sobrevivido, obligado a llevar una existencia en la oscuridad, se le puede anteponer aquello de que «Kit» Marlowe -para muchos un herético con poderes mágicos- fingió su muerte, huyó de sus enemigos y se convirtió, nada más y nada menos, que en un tal William Shakespeare. Libros enteros -yendo del profundo estudio académico al thriller más superficial- se han escrito sobre el asunto y el misterio permanece. ¿Fue el autor de Fausto asesinado en una discusión de borrachos por un puñado de monedas, resultó víctima de un crimen de pasión homosexual, o sirvió como chivo expiatorio en una conjura de espías de la reina, quienes, de pronto, supusieron que el dramaturgo era un doble agente que trabajaba para la Iglesia católica?

Quién sabe.

Marlowe -que ha gozado de una cierta fama en cómics y hasta en videojuegos y quien, para muchos, funciona un poco como el Robin de ese Batman que escribió Hamlet- es una figura tan difusa y seductora como la de muchos grandes de su tiempo.

Cenizas de un proyecto. Lo que sí se sabe es que ese inglés polimorfo y perverso que fue Anthony Burgess (1917-1993) se interesó en el tema tras ver frustradas sus ganas de escribir el guión de una miniserie basada en el Tamburlaine de Marlowe. Y Burgess -quien ya había dedicado dos libros a Shakespeare- nunca dejaba nada sin aprovechar y jamás se quedaba con las ganas de hacer algo. Y así, de las cenizas de ese proyecto televisivo,

esta novela -pensada oportuna y oportunistamente para coincidir con el cuarto centenario de la muerte de Marlowe-, que fue la última que Burgess publicara en vida. Pero, atención, también hay que apuntar que la vida y obra de Marlowe fue ya el tema de la tesis universitaria del creador de La naranja mecánica. Ergo, Marlowe lo acompañaba desde el principio y estuvo a su lado hasta el final.

Y, sí, Un hombre muerto en Deptford es una novela muy Burgess: fascinada por la humanización de seres sagrados, por revelarlos retozando en el fango de la Historia y de la vida, por mostrar una acabada y fiel reconstrucción de otra época a la vez que revisita obsesiones tan presentes como recurrentes del autor como el tema de la fe (perdida o recuperada) y de la culpa. De este modo, el Marlowe de Burgess -ateo y blasfemador en serie- es un hombre obsesionado por una traición cometida y por la imposibilidad de no seguir traicionando. Lejos está, sin embargo, este Marlowe en ambición y aliento y logros del Kenneth Toomey -otro afamado artista, agnóstico, apóstata y gay- en la que, seguro, es la obra maestra de Burgess: Poderes terrenales.

Aquí todo adquiere, por momentos, la velocidad del apuro y -como bien señalaron Roger Lewis y Andrew Biswell, biógrafos de Burgess- la trama parece en más de un trecho, en especial en las partes donde se pone de manifiesto la homosexualidad de Marlowe, empujada por una «energía vulgar» y «cierta torpeza».

Lo que no quita ni impide que Un hombre muerto en Deptford -narrada por un actor anónimo que, en la última página, nos remite al Mucho ruido y pocas nueces de Shakespeare para que descifremos su identidad, que no es otra que Lacke Wilson o John Wilson, primer nombre y segundo apellido de Anthony Burgess- sea un divertimento de primera clase y una renovada aunque cada vez más escasa ocasión de comprobar lo que puede llegar a ser, y debería ser siempre, la literatura llamada «de entretenimiento».

Sangre y tinta. De este modo, alcanzado el final de esta versión de lo que pudo haber ocurrido, el lector -como en el burgessiano guión que firmó Tom Stoppard para el filme Shakespeare enamorado, donde es Rupert Everett quien presta su rostro a Marlowe- siente la misma pena que siente allí el otro, el mismo, su doble y hermano de sangre y tinta, cuando exclama: «Cambiaría todas mis obras por una suya que ya nunca llegaré».

Un hombre muerto en Deptford quizá puede entenderse y disfrutarse como esa obra imposible deseada por un desconsolado Shakespeare. Marlowe

actuando su propia muerte. No sería un buen negocio canjearla por ningún libreto de aquel nacido en Stratford-upon-Avon y del que tampoco se sabe gran cosa. Pero, sí, es tanto mejor que la mayoría de las novelas históricas que andan vivitas y coleando, como ratas, por los rincones de escenarios que jamás fueron ni serán mundos.